SUPLEMENTO LITERARIO DE PAGINA/12 AÑO V Nº 240 9 • 6 • 2002



DICTADURA Y SOCIEDAD

La semana próxima estará en librerías *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, un libro de **Hugo Vezzetti** en el que el autor se interroga, más allá de los Juicios a las Juntas y el *Nunca más*, por la responsabilidad política y moral de la sociedad argentina tanto por lo que "activamente promovió y apoyó" como por lo que "fue incapaz de evitar". A continuación, un anticipo exclusivo de algunos tramos del libro de Vezzetti.

POR HUGO VEZZETTI

Con el advenimiento de la democracia, la representación pública de la ley que alcanzaba a los poderosos ofrecía una escena enteramente nueva: el alzamiento de las víctimas que denunciaban y demandaban justicia contra los crímenes de sus victimarios. No hablo del procedimiento técnico jurídico y la intervención del ministerio público en representación de la sociedad, sino de la representación del Juicio como la rectificación del poder omnímodo de los victimarios por vía del protagonismo de las víctimas. Al mismo tiempo, en ese escenario, de algún modo la sociedad quedaba convocada en posición de espectadora horrorizada de acontecimientos que parecían ocurridos en otro lugar. En efecto, la fuerza, la centralidad del ritual judicial no dejaba de provocar, fijar podría decirse, una memoria capturada por los crímenes y sus ejecutores, y arriesgaba dejar de lado un capítulo decisivo de la rememoración y el juicio intelectual y moral: el de las acciones y omisiones que involucraban a la propia sociedad.

Es claro que no se trata de arrojar una culpabilidad general ni de concebir a la sociedad como un conjunto homogéneo, una suerte de sujeto colectivo que actuaría como un actor unificado. La referencia a la sociedad y a su papel se refiere, en todo caso, a una sociedad civil que se distingue del Estado y posee organización propia, autonomía relativa, ciertas identidades y tradiciones, en fin, es lo que puede destacarse en actores colectivos visibles, no sólo políticos sino económicos, eclesiásticos, profesionales, periodísticos.

En un sentido profundo, la dictadura puso a prueba a la sociedad argentina, a sus instituciones, dirigentes, tradiciones, y hay que admitir que muy pocos pasaron la prueba. En cuanto se aborda la implantación del terrorismo de Estado en una perspectiva que se interrogue sobre sus condiciones y en una periodización de más largo alcance, es posible ver lo que revela, como un espejo deformante pero sin embargo fidedigno, de esa sociedad que lo produjo y lo admitió. Si hasta aquí, en general, los crímenes de Estado absorbieron la dirección de la memoria social, si la formación de un núcleo firme de la experiencia de esos años estuvo focalizado en la enormidad de las violaciones de derechos fundamentales, el propósito de un saber crítico hace necesario desplazar el foco hacia la relación de la dictadura con la sociedad argentina.

Es cierto que la dictadura irrumpió con rasgos propios y significó una ruptura traumática respecto de ciertas reglas que habían gobernado la vida política en la Argentina, aun durante los regímenes militares. No hay dudas de que sometió a la sociedad a una violencia sin límites y hasta entonces desconocida, especialmente por la implantación del aparato clandestino de represión y exterminio que ha quedado expuesto en el *Nunca más*. Si se atiende a los procedimientos de detención que allí se describen y que se desarrollaban de un modo bien visible, con despliegue de armas y de efectivos, si se piensa en las consecuencias de la desaparición sobre familiares, allegados y vecinos, no puede desconocerse el propósito de vencer toda resistencia e imponer ampliamente su dominación sobre una sociedad paralizada por el miedo. En esa dirección era visible el objetivo de escarmentar drásticamente a una sociedad que se había mostrado extensamente permeable a los aires tumultuosos de una "liberación" que aparecía, a los ojos de un estamento militar formado en la paranoia anticomunista, como la antesala de la revolución social.

Pero si se atiende, más allá de la masacre implementada metódicamente, a objetivos más amplios, pero no por eso menos centrales, la dictadura se proponía disciplinar la fuerza de trabajo, suprimía los partidos políticos (que se habían mostrado incapaces de estabilizar un orden social y político) y buscaba reforzar los lazos familiares tradicionales y moralizar las costumbres. Y allí donde encarnaba un principio de ordenfrente al caos social y político (más allá de que terminara por instaurar un régimen que terminó arrastrado a formas mucho peores de desorden) no dejaba de recibir apoyos explícitos y una conformidad bastante extendida. Hay que recordar que el régimen, en verdad, fue cívico-militar, que incorporó extensamente cuadros políticos provenientes de los partidos principales y que no le faltaron amplios apoyos eclesiásticos, empresariales, periodísticos y sindicales. De modo que la representación, ampliamente instalada después del renacimiento democrático, de una sociedad víctima de un poder despótico es sólo una parte del cuadro y pierde de vista que la dictadura fue algo muy distinto de una ocupación extranjera, y que su programa brutal de intervención sobre el Estado y sobre amplios sectores sociales no era en absoluto ajeno a tradiciones, acciones y representaciones políticas que estaban presentes en la sociedad desde bastante antes. Por otra parte, las figuraciones de la guerra que exaltaban la imagen épica de los represores no eran muy distinta de las que impregnaban la acción de las organizaciones armadas del peronismo y el guevarismo que –hay que recordarlo– llegaron a tener un respaldo significativo en la sociedad.

Si hasta ahora, en general, los crímenes de Estado absorbieron la dirección de la memoria social, si la formación de un núcleo firme de la experiencia de esos años estuvo focalizado en la enormidad de las violaciones de derechos fundamentales, el propósito de un saber crítico hace necesario desplazar el foco hacia la relación de la dictadura con la sociedad argentina.

GUERRA Y SOCIEDAD

Se hace necesario, entonces, volver sobre las representaciones de la guerra. No porque haya razones para decir que efectivamente la hubo, sino porque más allá del plano estrictamente militar no es posible dejar de ver que los antagonismos inconciliables, la voluntad de soluciones drásticas y la disposición a aniquilar al enemigo, ofrecían un marco ampliamente compartido en la percepción de los conflictos. En ese sentido, una de las varias objeciones a la llamada "teoría de los dos demonios", que condensa la significación de ese pasado en la acción de dos terrorismos enfrentados, reside en que coloca un definitivo manto de inocencia sobre la sociedad. Sin duda es legítimo preguntarse (como lo hace un observador extranjero, Prudencio García, quien además es coronel del ejército español) cómo fue posible que "militares profesionales del país más culto y más europeo de América latina" hayan implementado un plan que incluía la práctica sistematizada de la tortura y el asesinato. Una cuestión de esa naturaleza requiere un examen focalizado sobre el actor militar y eso es precisamente lo que ofrece la excelente investigación de García. Al mismo tiempo, si se abandonan explicaciones simplistas, especialmente las visiones conspirativas que descargan toda la responsabilidad en los designios del poder económico mundial, una evidencia se impone: casi todos recibieron el golpe de 1976 con alivio, incluso unos cuantos que iban ser víctimas directas de su acción criminal. De modo que hay que reconocer que una exploración que se pregunte cómo fue posible el terrorismo de Estado debe ser ampliada a lo que sucedió en la sociedad, en sus organizaciones y sus dirigentes. Por esa vía se llega, necesariamente, a los problemas de la responsabilidad colectiva, es decir, a un plano en el que la acción pública de la memoria excede la denuncia de los crímenes en la medida en que la búsqueda de la verdad, de cara a la sociedad, enfrenta algo distinto de la culpabilidad de los criminales.

POLÍTICA Y MORAL

Es sabido que el tema de la responsabilidad se ha prestado a diversos usos, incluyendo iniciativas de "reconciliación" que vienen a decir, más o menos, que todos somos culpables o, lo que es lo mismo, que no hay responsables. Es claro que una igualación de esa naturaleza es una invitación a la amnesia y a la renuncia al saber antes que el punto de partida posible de una rememoración encarada como un trabajo y un debate colectivos. Admitir una convergencia de responsabilidades en las condiciones del asalto dictatorial al Estado no implica igualarlas bajo ese pesado velo que confunde y encubre posicionesy comportamientos bien diferentes. Aquí vale la pena retomar la distinción ejemplar que Karl Jaspers proponía para impulsar las preguntas que, frente a la experiencia del nazismo, necesariamente involucraban a la sociedad alemana.

En 1945 se ocupó de ese problema, en un curso dictado en la Universidad de Heilderberg, y propuso una distinción que me parece muy clara y enteramente aplicable al caso argentino: existe una culpabilidad criminal, una culpabilidad política y una culpabilidad moral. La culpabilidad criminal no ofrece mayores dudas en la medida en que en la Argentina hubo un proceso penal, producción de la prueba y condena, y nada de eso fue borrado o cancelado por los indultos. El problema pendiente, en todo caso, a partir de la ley de "obediencia debida", es el de la amplitud con que se ha definido la persecución penal de los responsables. Pero en la medida en que los crímenes ocurrieron, las pruebas están, y hay procesos en curso en el país y en el extranjero, en ese terreno el problema sigue abierto.

Diferente es el estado de la cuestión en las otras dos dimensiones, las responsabilidades política y moral. En principio, una sociedad debería hacerse responsable no sólo por lo que activamente promovió y apoyó sino incluso por aquello que fue incapaz de evitar. Además, es claro que hubo una responsabilidad política inexcusable de los partidos y grupos que colaboraron activamente con ese régimen y de los círculos del poder que aportaron una conformidad que, en muchos casos, se convirtió en un apoyo activo. Por otra parte, si se atiende a las condiciones de la instauración de la dictadura, no puede dejar de reconocerse que fue promovida por una escalada de violencia ilegal, facciosidad y exaltación antiinstitucional que involucró a un amplio espectro de la sociedad civil y política, en la derecha tanto como en la izquierda. No sólo el viejo partido del orden y los responsables de la violencia paraestatal celebraron en marzo de 1976, también lo hizo cierto sentido común revolucionario que consideraba que una dictadura era preferible a un gobierno constitucional en la medida en que ponía en claro el carácter del enemigo, en una lucha política concebida como una escalada de guerra hacia la toma del poder.

Una buena parte de la sociedad había acompañado con cierta conformidad pasiva el vuelco de la política hacia un escenario de violencia que despreciaba tanto las formas institucionales de la democracia parlamentaria como las garantías del Estado de derecho. En ese sentido, es posible postular que algo cambió en la percepción social de la violencia entre 1973 y 1974, hay que admitir que la escalada de acciones terroristas en la escena social cotidiana y diversas manifestaciones de la degradación política y el caos en el Estado (en gran parte amplificadas por la prensa favorable al golpe) estuvieron en la base de una suerte de rebote del humor colectivo de una mayoría que viró hacia la conformidad con formas de restauración del orden y la autoridad, en principio dictatoriales, de acuerdo con la experiencia histórica. Pero si es cierto que una mayoría acompañó o aportó su conformidad pasiva a las faenas de la dictadura (responsabilidad moral, diría Jaspers), no lo es menos que entre las condiciones necesarias estuvo esa larga y pronunciada demolición de las formas, largamente debilitadas, de la democracia institucional y la jerarquía de la ley.

Hay que reconocer que una exploración que se pregunte cómo fue posible el terrorismo de Estado debe ser ampliada a lo que sucedió en la sociedad, en sus organizaciones y sus dirigentes. Por esa vía se llega, necesariamente, a los problemas de la responsabilidad colectiva, a un plano en el que la acción pública de la memoria excede la culpabilidad de los criminales.

NUNCA MÁS

Hacia el presente, el Juicio a las Juntas queda situado como un cruce de memorias en el que se relacionan y se entrecruzan el pasado y el presente, y las memorias diversas de la dictadura no pueden separarse de la construcción de una experiencia de la democracia, es decir de una recuperación de los sentidos de ese pasado que ha quedado estrechamente ligado a las promesas y los resultados de la renovación política y ética inaugurada en diciembre de 1983. ¿Qué decir de la serie de resoluciones políticas que buscaron limitar primero y luego directamente clausurar elciclo abierto por el *Nunca más* y el Juicio? No hay dudas de que la "obediencia debida" y el "punto final" (que sin embargo mantenían el castigo sobre las cúpulas) y, sobre todo, los indultos de 1990 chocaban con las promesas de la reparación ética y jurídica que estuvieron en el nuevo origen de la democracia y parecían reinstalar la impunidad de los poderosos. En el caso del Juicio a las Juntas, es sabido que el indulto no borró las penas ni la criminalidad de los actos. Al mismo tiempo, a la distancia, si se tiene en cuenta lo que se cumplió (proceso público, volumen de las pruebas, centenares de testimonios, sentencia y condena, siete años en prisión) no se puede hablar de impunidad. Y con el tiempo transcurrido la importancia y la huella de los efectos políticos y éticos del Juicio (reanudados en el país por las causas de sustracción de menores y por los "juicios de verdad") parecen prevalecer frente a las fuerzas que buscan conducirlo al olvido y la insignificancia.

Ahora bien, admitidos esos efectos del Juicio, al mismo tiempo ¿no estableció ciertos límites a una intelección propiamente histórica de una etapa crítica y decisiva que evidentemente no se abrió con la dictadura de 1976? En efecto, en un sentido diferente del instalado por el juzgamiento de los crímenes de Estado, la dictadura argentina aparece menos como un desorden aberrante y único que como el resultado de una larga crisis, política, económica y social, que sólo se hace visible en una perspectiva más amplia, y que, según se quiera, se retrotrae a diversos escenarios de una guerra civil larvada, desde el golpe de 1930 a la irrupción de los coroneles en 1943, el bombardeo a la Plaza de Mayo o el golpe del general Onganía. Todos, sin excepción, fueron cívico-militares, apoyados, según las circunstancias, por una u otra de las expresiones políticas mayoritarias. El examen de la dictadura desde una exploración más ajustadamente histórica y en un ciclo más extenso, que incluya la dimensión social y política de las crisis argentinas en el siglo XX, es algo que queda hasta ahora como una tarea pendiente.

Ahora bien, si se trata de un examen del Juicio y sus consecuencias, no hay razón para pretender de la construcción de ese marco institucional más de lo que efectivamente podía ofrecer. Ciertamente, establecía ciertos límites a la posibilidad de una indagación de lo sucedido en la medida en que hacía recaer todas las responsabilidades sobre el actor militar, sin interrogarse sobre las condiciones que en todo caso habían contribuido decididamente a favorecer y hasta admitir el golpe contra las instituciones y la masacre descargada sobre la sociedad. Pero a la vez, en sus efectos hacia la deliberación pública, aun cuando la memoria social permaneciera en gran medida opaca respecto de las responsabilidades de la propia sociedad, el proceso judicial no dejaba de plantear problemas, interrogantes posibles. En todo caso, si no se desplegaron con mayor intensidad y claridad, hay que cargarlo en la cuenta de otras limitaciones. Ante todo, la relativa ausencia de una acción intelectual y política más autónoma respecto de la lucha reivindicativa inmediata que ha dominado a los organismos de derechos humanos y la modalidad de un periodismo volcado sobre lo más inmediato y efectista. Con todo, no se puede desconocer lo que se produjo en esa dirección, a partir de objetivos diversos, en una perspectiva de investigación y trabajo conceptual de más largo alcance.

Dejo, entonces, una exploración que queda suspendida, puede decirse, en las condiciones, las dificultades y las aporías de esa escena refundadora, con efectos diversos, inestables, en la sociedad y en núcleos de la clase político. Al mismo tiempo, parece claro que ningún partido ni el movimiento de los derechos humanos han alcanzado a conformarse como sostenes y herederos de esa refundación jurídica y política. En cuanto a la sociedad, algo de esa escena originaria de la democracia, como principio de libertad e igualdad, se reactiva con el apoyo que reciben losnuevos procesos judiciales en el país y en el exterior.

Pero, por otra parte, en la medida en que el eje de la experiencia social se sitúa en la interminable catástrofe económica, en la medida en que se afirman otras formas de desigualdad y de negación de la justicia, se resiente el impulso democratizador de la vida política y social que estuvo en la base de lo que el Juicio producía y prometía.

NOTICIAS DEL MUNDO

IRLANDESES DETRÁS DE UN GATO La Biblioteca Nacional de Irlanda pagó 12,6 millones de euros por una colección hasta ahora desconocida de cuadernos y manuscritos pertenecientes al escritor irlandés James Joyce. La colección, que permaneció en el archivo parisino de los herederos de Paul Leon (amigo y confidente de Joyce entre 1928 y 1941) fue descripta como "extraordinaria" por el Ministerio de Artes y Patrimonio irlandés. Los manuscritos comprenden 500 páginas escritas por Joyce, cuadernos, notas y borradores de capítulos de su novela *Ulises* y pruebas y correcciones para su novela *Finnegan's Wake*.

NOVELA CANDENTE El escritor Martin Walser ha desatado un escándalo en Alemania con su nueva novela *Muerte de un crítico*, por la que ha sido acusado de vengarse del crítico literario Marcel Reich-Ranicki, de origen judeo-polaco, y de cultivar todo tipo de prejuicios antisemitas. El diario *Frankfurter Allgemeine Zeitung* se negó a publicar la novela por entregas, por considerarla "un documento del odio", y el codirector de ese rotativo, Frank Schirrmacher, ha justificado la decisión con una carta abierta que publicó en las páginas culturales del periódico. El argumento del libro, que aparecerá en verano en la editorial Suhrkamp, cuenta la investigación del presunto asesinato del crítico André Ehrl-Koenig del que es sospechoso un escritor, el narrador de la novela que se encarga de investigar los hechos. Al final, el escritor, que no oculta su antipatía con el crítico al que caricaturiza permanentemente con rasgos propios de Reich-Ranicki, descubre que Ehrl-Koenig está vivo y que sólo ha aprovechado para irse de vacaciones con su amante. Schirrmacher sospecha además que detrás de algunos detalles de la historia se esconde el propósito de minimizar el Holocausto. Reich-Ranicki se ha negado a hacer declaraciones sobre el conflicto que se ha generado entre el *Frankfurter Allgemeine Zeitung* –del que fue empleado durante mucho tiempo como director de su sección literaria– y Martin Walser.

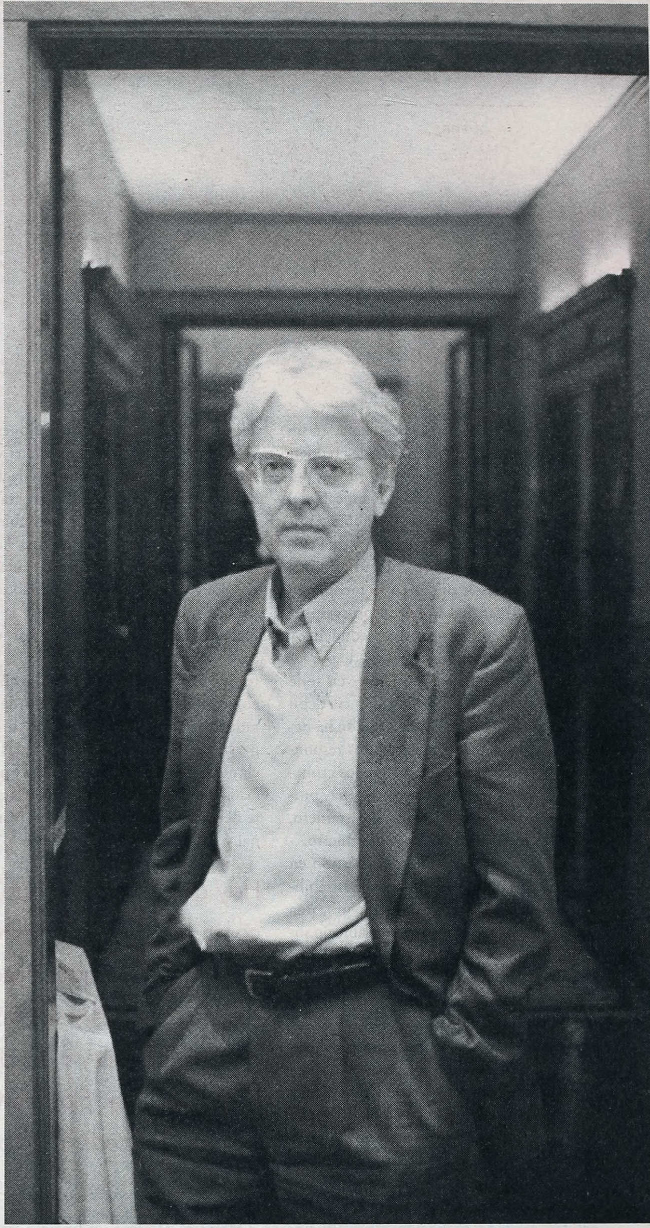
TINTA EN LOS DEDOS El escritor mexicano Carlos Fuentes aseguró en una entrevista que Italia trata a los inmigrantes como delincuentes, tras la decisión del gobierno conservador de Silvio Berlusconi de tomarles huellas digitales a los que provienen de países que no pertenecen a la Unión Europea. El escritor mexicano, quien visita la península, afirmó que "los países ricos tienden a enfrentar estos tiempos con la lógica del conflicto, con actitudes deplorables, xenófobas y racistas".

REVANCHA NIGERIANA El escritor nigeriano Chinu Achebe fue galardonado con el Premio de la Paz de los Libreros Alemanes de este año. El jurado del premio, uno de los más prestigiosos de Alemania, aseguró que el tema central de Achebe, de 71 años, es "establecer la paz en regiones que están sometidas a un conflicto permanente". El galardón, que según el jurado también premia las dotes del nigeriano como narrador, está dotado de 15.000 euros (14.000 dólares) y será entregado el próximo 13 de octubre, durante la Feria del Libro de Frankfurt. Achebe es considerado el padre de la literatura africana moderna y uno de los escritores poscolonialistas más importantes. El literato reside en Estados Unidos, donde dictó cursos de literatura hasta su jubilación. Su más famosa novela es *Todo se desmorona* (1958).

Reflexiones sobre la memoria

INDUSTRIA Y AMNESIA

EN BUSCA DEL FUTURO PERDIDO
Andreas Huyssen
trad. Silvia Fehrmann
FCE/ Goethe Institut
Buenos Aires, 2002
288 págs.


FOTO ADRIÁN PÉREZ

POR DANIEL LINK

En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización reúne diez ensayos de Andreas Huyssen (1942), un alemán excéntrico que, si bien se confiesa discípulo de Walter Benjamin y de Theodor W. Adorno, se aparta de la tradición de la Teoría Crítica cada vez que puede, con el convencimiento de que la teoría es una herramienta para la comprensión y transformación del presente, pero nunca un filtro que habría que imponerle a toda costa. Huyssen es profesor en la neoyorquina Universidad de Columbia y editor de la revista *New German Critique*. Por esos avatares de las políticas culturales, *En busca del futuro perdido* es un libro argentino, armado especialmente por el autor para el Fondo de Cultura Económica por iniciativa del Instituto Goethe. Huyssen, que ha visitado Buenos Aires varias veces, fue muy tempranamente traducido al castellano por la revista *Punto de Vista*, y su libro *Después de la gran ruptura* (publicado originalmente en 1986 y que próximamente traducirá el FCE) ha circulado con bastante fluidez entre los profesores universitarios preocupados por el debate sobre la posmodernidad (desde los años ochenta en adelante).

No es casual la presentación simultánea de *Pasado y presente* de Hugo Vezzetti y de *En busca del futuro perdido* de Andreas Huyssen: los dos libros interrogan de manera obsesiva la cultura de la memoria como el espacio en el cual se intentan resolver los traumas históricos, pero también como el lugar a partir del cual se podrían formular hipótesis sobre el futuro.

El libro de Huyssen (cuya formación en el campo de la crítica literaria y la teoría estética es notoria) se aventura en el delicado problema que azota a las sociedades contemporáneas: la fiebre memorialista, que en algún sentido podría entenderse como una estrategia insidiosa para provocar en los hechos el olvido que, según se declama, es lo que quiere evitarse a toda costa. Quien espere encontrar en las páginas de *En busca del futuro perdido* un veredicto decisivo sobre la mercantilización de la memoria, la museificación del presente, la monumentalización mediática o la conversión del Holocausto en parque temático deberá armarse de paciencia. Antes que un juez, Huyssen es (por fortuna) un fino analista de las tensiones culturales del pasado y del presente en relación con las cuales el futuro se diseña. Queda claro, por el título de esta compilación, que pese a sus protestas contra la política vanguardista (en lo estético, lo cultural, lo ideológico), Huyssen observa con preocupación la proliferación de discursos que tienden a una memoria total y añora los tiempos en que el tiempo y las acciones se organizaban en relación con el futuro. En el artículo sobre el Holocausto que cierra la segunda parte del libro, leemos: "El porvenir no habrá de juzgarnos por olvidar sino por recordarlo todo y, aun así, no actuar en concordancia con esos recuerdos" (pág. 164).

Esa "memoria total" y globalizada parecería ser, en la perspectiva de *En busca del futuro perdido*, tan idiota como la memoria del Funes de Borges, incapaz de olvidar, pero, precisamente por eso, incapaz de discriminar entre un recuerdo y otro y, en definitiva, incapaz de actuar.

Por otro lado es cierto, dice Huyssen (y en esos reparos se funda la delicadeza de sus análisis), que "la obsesión contemporánea por la memoria en los debates públicos choca contra un intenso pánico público al olvido". En relación con esta paradoja central de nuestro tiempo (nunca ha habido una época con una capacidad de archivo semejante a la nuestra: Internet), Huyssen señala que "resulta demasiado fácil culpar a las maquinaciones de la industria cultural y a la proliferación de los nuevos medios de todo el dilema en el que nos encontramos". Si somos finalmente tan dóciles a la museificación de la cultura (o a la transformación de los museos en medios de masas) es porque "la cultura de la memoria cumple una importante función en las actuales transformaciones de la experiencia temporal que ocurren como consecuencia del impacto de los nuevos medios sobre la percepción y la sensibilidad humanas".

En busca del futuro perdido se organiza en cuatro apartados. El lector más interesado en la cultura política leerá con mayor provecho el apartado II, sobre el Holocausto (en particular el brillante análisis de *Maus* de Spiegelman), y el IV, sobre las utopías radicales. El lector preocupado por problemas estéticos y urbanísticos disfrutará especialmente del apartado I, sobre museos y tecnologías de la memoria, y del apartado III, sobre intervenciones en el espacio urbano. En todos los casos, lo que queda claro es la dificultad, por la misma lógica de las sociedades contemporáneas, para separar cultura y política (tanto en el campo del análisis como de la acción), el hecho de que las teorías no son meras herramientas interpretativas sino instrumentos de una lucha simbólica y también que la memoria es un campo de tensiones: para algunos un objeto de consumo a la moda; para otros, una forma paradójica de la amnesia ("cuanta más memoria se almacena en las bases de datos y en los bancos de imágenes, menores son la disposición y la capacidad de nuestra cultura para comprometerse con el recuerdo activo"); para el resto, una necesidad existencial.

En el prólogo, Huyssen agradece a muchos argentinos por la aparición de este libro. Es a él a quien los argentinos debemos agradecerle este regalo precioso, en momentos en que la relación con nuestro pasado debe ser interrogada una vez más, si es que nos parece que algo puede rescatarse del naufragio.

PASADO Y PRESENTE. GUERRA, DICTADURA Y SOCIEDAD EN LA ARGENTINA
Hugo Vezzetti
Siglo XXI
Buenos Aires, 2002
288 págs.



RECORDAR Y COMPRENDER

POR JORGE BELINSKY

En 1983, Hugo Vezzetti (investigador del Conicet y profesor de la UBA) publicó *La locura en la Argentina*. Se dibujaba allí una línea que puede seguirse hasta *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*: la vinculación entre la construcción del Estado argentino y el espacio de los discursos sociales ligados a lo que Vezzetti llama "representaciones fantásticas de la nación". Luego aparecieron *El nacimiento de la psicología en la Argentina* (1988), *Freud en Buenos Aires* (1989) y *Aventuras de Freud en el país de los argentinos. De José Ingenieros a Enrique Pichon-Rivière* (1996), en cuya "Introducción" se lee: "Esta obra culmina un desplazamiento que me ha llevado a la historia intelectual y cultural del psicoanálisis y las disciplinas psicológicas. El impulso de esa traslación y el marco de esa renovación de mis herramientas conceptuales han tenido en la revista *Punto de Vista* un espacio privilegiado de interlocución y de iniciativas intelectuales durante más de quince años".

Este desplazamiento cristalizó en los artículos preparatorios de *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina* aparecidos en esa revista, donde Vezzetti fue abordando otra "representación fantástica de la nación": la construcción de la memoria social en torno de las consecuencias de la última dictadura y las posibilidades de una "apropiación pública del pasado". Esto no sólo supone un riguroso e implacable análisis del más doloroso período de nuestra historia y de sus relatos, sino también la exposición de las causas y consecuencias sociales del terrorismo de Estado. Por último, se desarrollan dos aspectos de importancia crucial: cómo se instaura el imperio de la ley y cómo trabaja la memoria –individual y colectiva– en la escritura de esa historia.

Vezzetti escribe acerca del pasado, pero escribe para el futuro: "el futuro de la memoria, es decir la transmisión de una experiencia a quienes no formaron parte de ella". De ahí que la materia sobre la que trabaja implique también un enfrentarse con ella, para evitar la trampa del retorno a una escena congelada o, al revés, el alejamiento apresurado de un capítulo que se da por cerrado. Desde esta perspectiva, el informe de la CONADEP y el Juicio de las Juntas Militares, además de la ingente y fundamental tarea de las diversas organizaciones de derechos humanos, representaron un acto fundacional donde se anudaban la rememoración y la promesa, estrechamente ligadas –como Vezzetti destaca– "al terreno jurídico", al que ahora deberían seguir las "líneas de trasmisión a las nuevas generaciones". A partir de entonces un cambio decisivo se operó en las formas de representación que la sociedad argentina tiene de sí misma y de su modo de constitución. Como dice Reinhardt Kosselleck y se recuerda aquí, la historia la escriben finalmente los vencidos, las víctimas.

La tarea primera, que tanto el *Nunca más* como el Juicio suponían, se centró en la figura del desaparecido: ¿cómo recuperar su imposible testimonio en la voz de los sobrevivientes? Por ello Vezzetti insiste en que el Juicio constituye un hito sin parangón en el siglo XX: es el único caso en que tribunales nacionales, sin intervención de organismos exteriores –salvo como observadores–, se han encargado de juzgar crímenes contra la humanidad dentro de las propias fronteras. A pesar de las repudiables leyes posteriores, se instituyó así, en los propios términos nacionales, la escena de la ley en el repudio del estado criminal. Pero esa operación conllevaba un riesgo, ya que implicaba necesariamente hacerse cargo de vastas zonas de incertidumbre en cuyo centro estaba el infierno concentracionario con todo su horror.

Un horror tan grande, apunta Vezzetti, que la historia entera de la Argentina se volvió enigmática, cargada de ausencias que apuntaban a lo que fue, a lo que no fue y, sobre todo, a cómo pudo ocurrir lo que ocurrió. El informe de la CONADEP y los Juicios abrieron un espacio nuevo donde la presentación escueta de los hechos se transformó en apelación a la conciencia pública y toma de posición ética orientada hacia el futuro: se trataba de reparar el daño atroz producido por la criminalización del estado. Una operación de semejante envergadura transforma en realidad las formas mismas de representación social y abre el espinoso problema del saber acerca de lo ocurrido en el seno de una sociedad que, en gran medida, no quería enfrentarse con eso.

Vezzetti señala la semejanza con ciertos problemas planteados por Primo Levi en *Los hundidos y los salvados*. El desaparecido no sólo fue privado de palabra; hasta el cuidado de sus despojos quedó suprimido. Su territorio es del orden de la no-muerte. Para rescatarlo y darle nombre, rostro y voz, es necesario apelar al testimonio del sobreviviente, del retornado, es decir, del aparecido, con lo que este término encierra de terrible ambigüedad: "Los sobrevivientes de la militancia han enfrentado las dificultades nacidas de la posición casi imposible del aparecido, cargados de sospechas, atravesados con mandatos y demandas contradictorias. Testimonian por los otros, los que no volvieron, y encarnan la evidencia viva de un abandono y un desamparo que recae sobre la sociedad que, por decir lo menos, no pudo evitarles ese destino".

Una de las ideas centrales de Vezzetti es la cuestión de las "zonas grises", entendidas no ya como parte del universo concentracionario y como culpa individual de quien vuelve, sino como ámbito inevitable de la nueva sociedad democrática, que debe reparar aquel "abandono y desamparo" de las víctimas. El Juicio a las Juntas constituyó la escena de la ley como dimensión a la vez imaginaria y simbólica, cifrada en la delimitación de responsabilidades individuales y en el castigo de los culpables. Pero la implantación de la ley, señala Vezzetti, no es autofundante, sino que precisa de un sustento material; en este caso, los desaparecidos. Era inevitable entonces que la sociedad se viese confrontada con una responsabilidad colectiva que implicaba hacerse cargo de los diferentes grados de participación en los hechos; de este modo, las "zonas grises" surgieron como parte de la trama social pretérita y de la actual. Si por una parte hay responsabilidades jurídicas, penales y políticas, por otra, hay la responsabilidad moral: una sociedad debe enfrentarse con aquello que no pudo evitar, con aquello con lo que convivió y que, en ciertos aspectos, ella misma posibilitó o engendró. El mismo Vezzetti lo señaló mientras preparaba el libro ("La memoria nos involucra a todos", *Página/12*, 8/7/99): "El terrorismo de Estado no cayó del cielo. Y en ese sentido, una genealogía de la cultura de la violencia y de la ilegalización de las instituciones y el Estado no puede estar ausente de una memoria y una transmisión del pasado que busque ser eficaz en la construcción de un futuro diferente".

Contra la recurrente insistencia actual en esa "ilegalización de las instituciones y el Estado", *Pasado y presente* aparece como un libro imprescindible, casi como un manifiesto. Expresa una actitud intelectual sistemática de rechazo de lugares comunes –satanizantes o autoconmiseratorios– de la historia y de la política y, sobre todo, afirma la necesidad y el valor de las instituciones que la propia Argentina utilizó, a pesar de sus debilidades y flaquezas, para enfrentarse, en el espacio público, con el recuerdo del terror.

MESA REDONDA

Siglo XXI Editores Argentina presenta *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, de Hugo Vezzetti, con una mesa redonda en la que participarán la historiadora Hilda Sabato, Gabriela Cerruti, miembro de la Comisión Provincial por la Memoria; y el periodista Pepe Eliaschev, con la coordinación de Gabriela Massuh y la presencia del autor. La cita será el próximo miércoles 12 de junio a las 19.30 en el Instituto Goethe (Corrientes 319) con entrada libre.

EL EXTRANJERO

ANY HUMAN HEART
William Boyd
Hamish Hamilton
Londres, 2002
504 págs.

"Yo Logan, Yo, Logan Mountstuart, vivo en Villa Flores, Avenida de Brasil, Montevideo, Uruguay, América del Sur, El Mundo, El Sistema Solar, El Universo". Así, en español, empieza la octava novela de William Boyd (Accra, Ghana, 1952), una de las mejores que ha escrito. Boyd arrancó junto con Martin Amis, Ian McEwan y Julian Barnes; pero siempre aparece un poco despegado de este comando de narradores que revolucionó a las letras inglesas a principios de los años 80. Tal vez porque a Boyd –de regreso a la literatura luego de haber firmado el guión y dirigido la película bélica *The Trench*– no le preocupa tanto innovar sino fortalecer una tradición. Lo suyo siempre ha estado más cerca de Somerset Maugham, Evelyn Waugh, Anthony Powell, Graham Greene y el más satírico Aldous Huxley que de maniobras metaficcionales milenaristas. Así, cabe dividir su obra en *comedias* (*Un buen hombre en Africa, Como nieve al sol, Barras y estrellas, Armadillo*) en las que siempre aparecen ingleses confundidos y desesperados por un entorno que no comprenden; y en *dramas* (libros más ambiciosos como *Las nuevas confesiones, Playa de Brazaville, La tarde azul*) donde lo que se narra es, siempre, la vida de ingleses incomprendidos por un entorno confuso y desesperado. Estas últimas –entre las que se inscribe *Any Human Heart*– son, todas, novelas que pretenden y consiguen una "explicación" del siglo XX desde diferentes disciplinas (el cine, la investigación del comportamiento animal, la arquitectura y la medicina) en la vida y obra de héroes casi modélicos en sus alzas y bajas.

El anglo-uruguayo Logan Gonzalo Mountstuart –quien ya había aparecido en esa encantadora falsa monografía sobre el pintor apócrifo Nat Tate que William Boyd publicó en 1998– es el protagonista de esta novela redactada en forma de diario íntimo yendo del año 1923 a 1991, pasando por varios matrimonios y amantes, una guerra mundial y una Guerra Civil Española, muchos países, una carrera como escritor escandaloso (y, se intuye, bastante mediocre) y una todavía más dudosa encarnación como crítico de arte y, más tarde, enlace de poca monta para un grupo terrorista. Por el camino, Mountstuart se cruza con Virginia Woolf, Pablo Picasso, James Joyce, Ernest Hemingway, el Duque de Windsor y Mrs. Simpson (una de las mejores partes del libro), Ian Fleming, Jackson Pollock, Frank O'Hara y muchos otros. Está claro que el obvio modelo literario de Boyd es la magnífica e insuperable novela secular *Poderes terrenales*, de Anthony Burguess. Decir que *Any Human Heart* está casi a la altura de semejante circunstancia y ambición es, pienso, el mejor elogio posible para la mejor y más panorámica novela de Boyd desde aquella otra saga histórica y privada que fue *Las nuevas confesiones*, donde se narraba el cinemascope de la vida y los films del maldito director de cine escocés John James Todd. La escritura de *Any Human Heart* –en forma de entradas de *journal intime* con índice onomástico al final– le permite a Boyd jugar con lo que se cuenta y lo que se deja de contar. Una novela que se lee como si se espiara por el ojo de una cerradura para –suele ocurrir en la lectura de los mejores diarios de escritores– acabar descubriendo, al otro lado de la puerta, a ese ojo que nos estuvo mirando todo el tiempo mientras leíamos.

RODRIGO FRESÁN

RECUERDOS DE CINÉFILOS

EN EL QUIOSCO

milpalabras, Nº 3
(Buenos Aires: otoño 2002), $ 8

No hay ya dudas de que *milpalabras* es una revista ambiciosa. Ambiciona ocupar un lugar en el campo de las revistas culturales y por eso, aunque la crisis hubiera hecho prever lo contrario, salió su tercera entrega. Lo mejor del número: el artículo de Gonzalo Aguilar sobre Jorge Asís, ese escritor "maldito" (según los decires insidiosos de Josefina Ludmer precisamente en **Radarlibros**) que hoy muchos (por obediencia debida a la incorrección política de Ludmer) intentan reivindicar. Aguilar, no sin escándalo, señala las aporías de esa operación. Lo peor de la entrega: la incomprensible página 3 denunciando un hecho (el robo de una obra de arte) que, de tan repetido en nuestro país, no ameritaría más que un suelto en la última página de un número que, no podía ser de otro modo, quiere hablar de la crisis argentina. Haber elegido como carátula de esta edición, de entre todas las cosas que han pasado últimamente (no hace falta hablar del avance del Estado represivo sobre la sociedad argentina pero tal vez sí del desmoronamiento cultural de nuestra sociedad), ese pequeño hecho parece un desacierto. Quien se dedica a hablar de la crisis es Marcelo Cohen, a través de una suerte de diario (cautivante) en el que el escritor comenta el modo en que un relato propio va desenvolviéndose a medida que la realidad argentina se complica y se interroga sobre la autonomía de la literatura y los límites del realismo. Y también Germán García, entrevistado a propósito de la capacidad del psicoanálisis para analizar el presente que vivimos.
En otras páginas, Damián Tabarosky erige a Copi en paradigma de una cierta literatura de izquierda, Alejandra Laera contrapone las obras de Ricardo Piglia y Tomás Eloy Martínez a propósito de la relación entre realidad y ficción, y Alberto Silva recuerda a su maestro muerto, Pierre Bourdieu, de quien se reproduce además un extenso diálogo con Hans Haacke sobre la eficacia política de las prácticas intelectuales y artísticas. Las páginas de plástica se dedican a una presentación de la obra conceptual del artista español Santiago Sierra.
Ilustran esta entrega de otoño de *milpalabras* reproducciones de Víctor Grippo, el artista argentino que murió a principios de este año.

D.L.



JOHNNY WEISSMULLER Y MAUREEN O'SULLIVAN EN *"TARZÁN, EL HOMBRE MONO"* (1932).

CINE DE SUPER ACCIÓN
Diego Curubeto y Martín Peña
Norma
Buenos Aires, 2001
488 págs.

POR PABLO PÉREZ

La televisión actual deja mucho que desear comparada con la de los años setenta. Ésta es una de las conclusiones de Curubeto y Peña en su libro *Cine de Super Acción*. Cine clásico y de culto en la TV argentina 1961-1993. El mayor elogio lo recibe el viejo Canal 11 que, desde 1961, tras haber asumido ser el canal más pobre de la Argentina, comenzaba a emitir los sábados una colección de películas compradas a bajo precio, en el marco de un ciclo llamado "Aquí Hollywood" y que poco a poco fue derivando en maratónicas sesiones de películas que alcanzaron su cumbre durante los años setenta, en el ciclo "Sábados de Súper Acción".

Canal 11, por entonces en manos de los jesuitas de la Compañía de Jesús, logra de esta manera ubicarse en la cima del rating, superando a los canales de la competencia con sus programas de costosa producción, como el caso de los "Sábados circulares" de Pipo Mancera (Canal 13). Los demás canales intentan, algunos con más o menos éxito, copiar la idea, con lo cual la televisión de aquella época se convierte en una verdadera escuela de cinéfilos, en la que muchos encontraron el origen de su pasión por el cine.

Los autores de *Cine de Super Acción* intentan reconstruir la programación de películas en la televisión entre los años 1961 y 1993, tomando como punto de referencia algunas sinopsis, notas y horarios de la programación diaria publicados en la revista *TV Guía* y otros medios, una gran cantidad de reseñas de los propios autores sobre muchas de las películas emitidas durante estos años, más un interesante análisis de la programación de los ahora llamados canales de aire y su relación con los diferentes momentos históricos y políticos de la Argentina, década por década. Así nos enteramos, entre otros chismes, de que el primer Día de la Lealtad Peronista después de la muerte de Perón, en *TV Guía* se anunciaba, entre otras películas con títulos "cargados de un posible doble sentido", *La dama y el fantasma*; o podemos leer también algunas reseñas escritas durante los años de la dictadura con veladas alusiones al terror de Estado y los militares. El libro cierra con testimonios de gente del mundillo intelectual y artístico sobre las películas que vieron por TV y aún recuerdan, algunos con sustanciosas anécdotas de la infancia: Charly García, Rodrigo Fresán, Dolores Graña y José Luis Tanizaso, creativo del canal Uniseries, por citar algunos. Al final, un índice onomástico y de películas.

Por momentos, el tono del libro es poco consistente y presenta algunos baches y reiteraciones, probablemente fruto de la escritura bicéfala. No obstante eso, resulta un buen trabajo de investigación, gracias al cual podemos ver con otros ojos (empapados de melancolía) "Cine Shampoo" o "La Noche Top", entre otros decepcionantes ciclos que emiten películas en la televisión abierta de hoy.

ÚLTIMO MOMENTO

FAHRENHEIT SANTAFECINO

El año pasado, uno de los libros que obtuvo el privilegio de ser editado en el marco del Plan de Fomento a la Edición Argentina de la Secretaría de Cultura del radicalismo fue *Zelarayán*, la última entrega poética de Washington Cucurto (Santiago Vega). Los libros que compraba la Secretaría de Cultura serían distribuidos a través de la Comisión Nacional de Bibliotecas Populares en diferentes bibliotecas de todo el país. La huida del Ejecutivo radical provocó alarma entre los ganadores del concurso, que tardaron en saber si las nuevas autoridades respetarían las condiciones pactadas con el anterior gobierno. Finalmente, las incógnitas se despejaron: las editoriales cobraron lo que debían y los libros comenzaron a distribuirse. *Zelarayán*, sin embargo, protagonizó un pequeño escándalo cuando las autoridades de una biblioteca escolar de la provincia de Santa Fe (y el mismo secretario de cultura, interrogado sobre el asunto) se pronunciaron contra el libro de Washington Cucurto, considerándolo racista y amoral. Las cosas no quedaron allí. De acuerdo con informaciones recién llegadas a esta redacción, Claudia de Wenetz, de la Biblioteca "José Hernández" que depende de la Escuela 382 Domingo Faustino Sarmiento en la provincia de Santa Fe, habría quemado los libros de Cucurto, amparada en la "decisión de la Comisión Directiva" que habría considerado que "*Zelarayán* de Washington Cucurto es un libro plagado de mal gusto que no nos interesa tener entre nuestros libros. No es censura, es responsabilidad, ya que debemos responder ante los padres de nuestros alumnos por su formación y este material no contribuye a ello". "Qué pena", declaró la funcionaria, "que se malgasten fondos destinados a la difusión de la literatura en publicar y promover textos de tan baja categoría". Qué pena, sí, qué pena. Como todo el mundo sabe, se empieza quemando libros y se termina asesinando gente.

LA ESCRITURA DEL FUEGO



EL LIBRO DE UN HOMBRE SOLO
Gao Xingjian
Trad. Xin Fei y José Luis Sánchez
Planeta, 2001
540 págs., $ XX

POR GUILLERMO SACCOMANNO

Escriban como si estuvieran en un edificio en llamas", les pedía John Cheever a sus alumnos en uno de sus ejercicios de taller literario. Teniendo en cuenta este pedido, pero ya no como un simple ejercicio sino como una cuestión existencial, vale la pena considerar *El libro de un hombre solo* de Gao Xingjian (1940). Otra posibilidad, que no excluye seguir la idea de Cheever durante su lectura, consiste en revisar los últimos datos proporcionados por Amnesty International acerca de la situación del mundo en materia de derechos humanos. Hay ejecuciones ilegales en 147 países. Desapariciones en 35. Torturas en 111. Prisioneros de conciencia en 56. Y en este panorama, lo que sorprende es que ya no son los regímenes autoritarios los que adoptan el terror como práctica gubernamental cotidiana. Después del 11 de septiembre, en EE.UU. se produjeron 1200 detenciones.

El libro de un hombre solo describe el miedo y la desolación de un escritor bajo el maoísmo. El escritor, con motivo de una representación teatral (Xingjian es además dramaturgo), visita Hong Kong en los meses previos a su emancipación del poder británico. En este tiempo de tránsito y comparación, el protagonista busca exorcizar la memoria del autoritarismo en su vida anterior, durante la China de las frenéticas Guardias Rojas. Acompañado de una amante veneciana judía, perturbada por la sombra del nazismo, la evocación del narrador en Hong Kong nada tiene de proustiana. El sexo, el alcohol, las exasperadas confesiones recíprocas con su amante, no le alcanzan para liberarse de un pasado de perseguido o reconciliarse con sus fantasmas personales. La censura, la alcahuetería, el acoso y el miedo: las degradaciones con tal de sobrevivir, lo mismo da si fueron estimuladas por el sistema o por la paranoia. En no pocas oportunidades, recluido en sí mismo, el escritor debió quemar, además de fotos y recuerdos familiares, sus escritos. El fuego, entonces. Y el terror. Una conjunción en la que participan tanto el credo de Cheever, pero en una situación concreta y, a la vez, esta situación concreta en una historia convulsionada por uno de los desastres de la ingeniería social en el siglo XX. "De hecho, la felicidad es bastante rara en este mundo", reflexiona Xingjian.

Con estos elementos, alternando el empleo de una tercera persona distante y una segunda más confidente, Xingjian ha escrito un extenso y pavoroso relato que, a través de un doble juego temporal (el pasado bajo el maoísmo, el presente en Hong Kong), adquiere una tensión vertiginosa. La novela contiene, a modo de epílogo, un artículo de Liu Zaifu, profesor y crítico de la Universidad de Colorado. Zaifu trae a primer plano algunos signos que la narración de Xingjian indica en la pendularidad entre literatura y documento. En la medida en que Xingjian, al elegir el "tú" y el "él" como diferentes prismas de la realidad, prescindiendo de la subjetividad del "yo" (tal como lo hacía en la prodigiosa *La montaña del alma*, la novela monumental que propulsó el Premio Nobel 2000 para Xingjian), en *El libro de un hombre solo*, siempre según Zaifu, Xingjian genera un camino de "realismo extremo": rechazo de la inventiva, exposición de la historia en forma absolutamente cruda, sin limitarse a lo superficial, empeñándose en explorar las capas más profundas de la naturaleza humana.

La apreciación de Zaifu puede ser algo "extrema" y discutible. Lo que no admite discusión, en cambio, es la suavidad de esa prosa de Xingjian que no vacila en narrar con la misma eficacia la degradación y, en contraplano, los cambios de luz en un paisaje. Cabe acotar que el paisaje, su descripción recurrente, delicada y puntillosa, como en acuarelas, vuelve, sin golpes bajos, más duras las situaciones de angustia. Sobre el final, Xingjian hace una referencia a Matisse, el Matisse deslumbrado por la pintura oriental, y sugiere el sentido de su escritura: "Matisse pintó todo esto, el sol transparente y cegador. Son realmente las luces y los colores del pincel de Matisse, pero tú te diriges hacia la oscuridad".

Escribir en llamas, entonces. Con la conciencia de la escasa, mínima potencia de la escritura en un mundo signado por el sufrimiento. Las llamas: ya no se trata del mandato de Kafka para que quemaran sus manuscritos. Se trata, más bien, en Xingjian, de aquello que remite a autores que debieron, contra su voluntad, destruir y recomenzar, una y otra vez, como Sísifo, su obra. Sólo dos ejemplos: Varlan Shalamov en Kolyma, el campo siberiano de concentración stalinista con sus cuentos transparentes, o más acá, Reinaldo Arenas, el guajiro homosexual, en las cárceles cubanas, deshaciéndose del texto que volverá a empezar poco más tarde. "La libertad acaba con el miedo", anota Xingjian en el final. "La escritura estéril que has dejado se desgastará con el tiempo. La eternidad para ti no tiene un significado especial. Lo que escribes no puede ser el objetivo final de tu existencia. Si todavía escribes es para sentir con mayor plenitud el momento presente." ♔

CICLO FINO

OTRO PLANETA

La Editorial Planeta y el Alvear Palace Hotel inauguraron el pasado miércoles el ciclo "Otoño Planeta en el Alvear". Las reuniones se realizarán todos los miércoles de junio y julio ("Invierno Planeta en el Alvear") a las 19.30. La idea es que el público tenga, durante estos meses aciagos, la posibilidad de dialogar con "grandes pensadores argentinos". En la reunión inaugural se presentó el Dr. Mariano Grondona. Lo demás seguirá (en la misma tónica) con Santiago Kovadloff (12/6), Félix Luna (19/6), Marcos Aguinis (26/6), Jaime Barylko (3/7), Pacho O'Donnell (10/7), Martín Caparrós (17/7) y Osvaldo Bayer (24/7). Las charlas, coordinadas por Carlos Balmaceda, tendrán entrada libre y gratuita hasta cubrir la capacidad del lugar. ♔

FÚNEBRES

POR BRANWELL CUMBERLAND, DE LA GACETA DE GIMMERTON

La semana pasada falleció en su casa, Cumbres Borrascosas, el señor Heathcliff, dueño de varias propiedades en la región. Por orden suya, fue enterrado de noche, no se realizaron funerales ni se permitió al clero se pronunciara alguna oración fúnebre sobre su sepultura. Tales excentricidades y los temores supersticiosos del pueblo provocaron reacciones adversas entre los lugareños, que se niegan a pasear de noche por los alrededores, aduciendo que el espíritu del señor Heathcliff aparece junto a la Iglesia o deambula por el páramo, siempre acompañado de una mujer. Por el mismo motivo no se han presentado interesados en alquilar Cumbres Borrascosas y la casa será cerrada.

La propiedad había sido adquirida por el señor Heathcliff cuando se convirtió en el único acreedor de su dueño original, el señor Hindley Earnshaw, que se vio obligado a hipotecarla para pagar deudas de juego contraídas con el propio Heathcliff. El señor Earnshaw dejó un hijo, Hareton, hoy heredero.

Nelly, criada del señor Heathcliff, aseguró a este medio: "El señor llevaba varios días sin comer o dormir. Tenía los nervios desquiciados". Interrogada acerca de la causa de la inquietud de su patrón, comenzó a narrar las extrañas circunstancias anteriores a la muerte. "Desde hacía varios días, el señor paseaba por la casa y los alrededores, como si lo atormentaran visiones de otro mundo. Seguía con la mirada objetos imaginarios. Yo no quería permanecer en la misma habitación que él. Me asustaba: parecía un demonio." Fue precisamente la criada quien encontró muerto al señor Heathcliff en su cama. Habría fallecido de madrugada, con la ventana de la habitación abierta de par en par a la tormenta (el cadáver se encontraba empapado). El *rigor mortis* impidió que la criada pudiera cerrarle los ojos y la boca, abierta en una extraña sonrisa. Una de sus manos apareció rasguñada, pero la herida abierta no sangraba. Joseph, el criado de la mansión, dijo a este cronista: "El diablo cargó con su alma, y no quise ensuciarme las manos con tan asquerosa envoltura". El anciano Joseph cuidará la mansión, pero no se moverá de la cocina, ya que sostiene que el fantasma de su antiguo patrón visita la casa por las noches.

El señor Heathcliff llegó a nuestra región cuando era un niño. Fue adoptado por el señor Earnshaw, antiguo dueño de Cumbres Borrascosas, quien lo encontró vagando por las calles de Liverpool, solo y hambriento. Aparentemente provenía de una familia gitana. Fue criado como un hijo más de los Earnshaw, quienes lo bautizaron sólo como Heathcliff. Se rumorea que, cuando adolescente, Heathcliff vivió un romance con su hermanastra, Catherine Earnshaw. La joven, sin embargo, desposó al rico heredero Edgar Linton. Poco antes de las nupcias, el señor Heathcliff abandonó la casa y pasó varios años ausente: se desconocen sus actividades durante esta ausencia, pero se sabe que a su regreso era ya un hombre rico. Su fortuna le permitió desposar a Isabella Linton, hermana menor de Edgar, quien le dio un hijo, Linton Heathcliff. La señora de Heathcliff abandonó a su esposo durante el embarazo para instalarse en Londres: se rumorea que la sometía a malos tratos. Cuando falleció su madre, el joven Linton volvió con su padre. Poco después desposó a su prima Catherine, hija de Edgar Linton y Catherine Earnshaw, ambos ya fallecidos en aquel momento. Víctima de la tuberculosis, Linton Heathcliff murió recién casado. Su joven viuda es la otra heredera del señor Heathcliff, que no dejó descendencia directa.

Por desconocerse su fecha de nacimiento y su apellido, fue enterrado bajo una lápida sencilla que registra sólo su nombre.

ENTREVISTA

SOBREVIVIENTES



FOTO NORA LEZANO

La nueva novela de Claudio Zeiger, *Tres deseos*, piensa la ciudad como una trama compleja de deseos en cada uno de cuyos nudos se inscribe una conciencia compleja. Es por eso que el libro, introspectivo como hacía tiempo no se veía en la literatura argentina, opta por contar esos dramas de conciencia.

POR JONATHAN ROVNER

Quizás una de las mejores ideas que haya podido imponer esa amalgama de teorías llamada "pensamiento psicobolche" sea que la libido humana no se mueve tanto por el impulso de la vida como por el de la historia. Seguramente, en algún extremo de esa concepción cabe también su reverso complementario, la certeza de que para conocer y comprender nuestra historia, no habría testimonio más fehaciente que la inmediatez del propio deseo, aún cuando las relaciones deseantes deban inscribirse en una sociedad que no deja lugar más que para el mero entrecruzamiento de soledades compartidas, aun cuando al deseo sólo le esté permitido colarse por entre los intersticios que quedan entre lo que los otros no cuentan, lo que no escuchan o lo que no se dicen a sí mismos. Pero sobre todo, cuando la madurez sólo se alcanza atravesando el colapso de una época y atravesado por la necesidad de elegir entre una fuga que no siempre es posible o una fuga que no siempre es la propia. Esa es la atmósfera en que viven los personajes de *Tres deseos*, la nueva novela de Claudio Zeiger, y eso es precisamente lo que la convierte en una detallada radiografía de la época.

–Muchas veces –explica Zeiger–, uno escribe pensando aquello que le gustaría leer y no encuentra. La falta de personajes en la literatura argentina me parece notable. Yo quise hacer un aporte en ese sentido. Básicamente, personajes que sin pretensiones de caracterización social, sin caer en el cliché, sean portadores de ciertas marcas de identidad claramente reconocibles y situados en espacios bastante reales, como pueden ser estos estudiantes o docentes de carreras humanísticas, desertores de la vida común. Me parece que no son representativos de la gente normal, sino más bien de sus líneas de fuga, instantes en que todavía les es necesaria la persecución de un ideal. Traté más que nada que fueran personalidades complejas pero sin pretensiones de sofisticación.

En efecto, Carla, Julián y Alicia (sus vidas y sus conciencias), sucesivamente, organizan el relato y lo hacen avanzar por los caminos de sus respectivos deseos, apenas convergentes en casuales encuentros, apenas conectados por vínculos tan precarios como incompletos. Mucho más que la trama novelesca, estas tres subjetividades comparten el desarraigo y la deserción de toda pertenencia convencional a la normalidad. Carla, chica de Artes, independiente y solitaria, un día dice "basta de filósofos de café y actores que no actúan". Se enamora sin querer de "un Mick Jagger del abasto" al mismo tiempo que elabora una certeza: quiere hacer un viaje, sola. Julián, de Psicología, descubre y explora el componente revolucionario de su deseo homosexual con el mismo gesto que lo pone de frente ante las limitaciones de sus propios prejuicios: a Julián, educado y de clase media, le gustan los morochos de la provincia. Se hace amigo de Alicia trabajando en el Departamento de Investigaciones en Antropología Social y Urbana de la Universidad de Buenos Aires, cenando en casa de ella y contándole sus correrías callejeras. Alicia, la mayor, egresada de la UBA, militante en agrupaciones de izquierda durante los últimos años de la dictadura, fue durante los últimos años de la dictadura, sucesivamente, novia del revolucionario más carismático de Filosofía y Letras a ser la amante de un señor casado que trabaja en un banco.

De los tres, su estilo quizás sea el más anodino, pero a la vez es ella la única que tiene alguna conciencia del desgarro histórico que permanece por detrás, como trasfondo del desencuentro generalizado. Es el personaje con que termina el relato: "Mientras camina, Alicia pide tres deseos para el futuro: pide que haya futuro, pide que haya deseo... Y no hay mucho para agregar salvo que empieza a imaginar las mejores maneras de sobrevivir porque en definitiva, ya cree saberlo, son sobrevivientes". Minucioso en la observación del mundo que narra, Zeiger se permiteironizar sobre sus personajes sólo en la medida en que los mismos personajes son capaces de burlarse de sí mismos.

–Los personajes de *Tres deseos* –explica Zeiger– son básicamente el resultado de mezclar la propia experiencia con la pregunta personal de qué hago con la literatura, después de haberme pasado años leyendo, yendo y viniendo de la carrera de Letras, yendo a la Feria del Libro, entrevistando a escritores, trabajando de periodista, por un lado, y juntando un capital de experiencia urbana por el otro. Eran dos caminos que se abrían demasiado y debían unirse. De la novela anterior, *Nombre de guerra* (1999), me quedaba una deuda con lo femenino, que decidí saldar a través de Alicia que es, para mí, el personaje que cierra y da un sentido a lo que les pasa a los otros.

En conjunto, estos personajes representan a buena parte de nuestros intelectuales de izquierda, o por lo menos, a buena parte de su público. Educados en los márgenes de una tradición psicobolche ya demasiado entrampada por su propio devenir histórico, constituyen un mundo del que, en el mejor de los casos, sólo encuentran la salida, paradójicamente, a través del encierro sobre sí mismos. Se reconocen entre sí por los libros y los discos que duermen en sus bibliotecas, se acercan y se alejan los unos de otros, como es el caso de Julián respecto de Alicia, prácticamente sin saber por qué: "se daba cuenta de que la había perdido antes del primero de esos encuentros, y esa pérdida era el resultado de una decisión dura de su parte, esa clase de resoluciones que se toman con empecinamiento, tienen una considerable dosis de absurdo y se justifican en algo que en realidad está muy lejos del blanco de la decisión".

En el contexto de una literatura argentina que tiende cada vez más a coquetear con el público internacional, a través de lo que Zeiger llama con lucidez "el recurso del *freakismo*", *Tres deseos* nos regala una historia que no necesita alejarse del mundo real para ser literaria, una constelación humana que no necesita de nuestro cinismo para ser entendida y un narrador que sabe ser austero sin por ello prescindir de la elegancia.